

IGLESIA VIVA  
 N° 240, octub.-dicie. 2009  
 pp. 53-65  
 © Asociación Iglesia Viva  
 ISSN. 0210-1114

ESTUDIOS

## Una alternativa radical para una crisis sistémica: la civilización de la pobreza

**Rodolfo Cardenal.** Instituto de Historia de Nicaragua  
 y Centroamérica (IHNCA – UCA). Managua.

La crisis mundial ha puesto fin a una forma de capitalismo que parecía definitiva. La caída de los socialismos históricos dejó al mercado como medida indiscutible de racionalidad económica y social y al individualismo descarnado como principio ético. La liberalización y la desregulación de los mercados se impusieron como solución para los problemas de la humanidad. El aumento creciente del desempleo, de la pobreza, de la desigualdad y del hambre, indicios inequívocos de que el modelo no arrojaba los resultados prometidos, fueron considerados como hechos inevitables de una sociedad global que, por otro lado, disfrutaba de las ventajas de unos avances científicos y tecnológicos que hacían la vida más fácil para algunos.

La llamada “reingeniería social”, basada en la racionalidad del mercado, introdujo el individualismo, la competitividad y el materialismo como valores absolutos de la vida humana. De esta manera, asoció el consumo con la calidad de vida y transformó bienes sociales como la salud y la educación en mercancías y a sus directores en gerentes, cuya

gestión era evaluada con criterios de eficiencia y rentabilidad comercial. La política pública se convirtió en inversión social, cuya finalidad era la acumulación de capital humano o incluso natural, puesto que ha discutido la comercialización de bienes y servicios ambientales.

El desplome de los colosos de las finanzas mundiales se llevó consigo al fundamentalismo del mercado. La racionalidad de la oferta y la demanda y su tendencia mecánica al equilibrio perfecto están desacreditadas. Es evidente

**La crisis no significa sólo la quiebra de bancos poderosos, sino que también supone más desempleo, más pobreza y más hambre**

que el mercado o, para ser rigurosos, sus manipuladores son irracionales. Los organismos multilaterales ni siquiera conocen el monto exacto de los activos tóxicos, o deudas incobrables, que circulan en el sistema bancario. Se estima que, en 2007, su valor y el de los derivados, o contratos de compra a futuro de materias primas, hipotecas, dinero, etcétera, equivalían a diez veces la producción mundial. Una compleja e impenetrable red de filiales, sucursales y compañías fantasmas, patrocinada por la desregulación de la década de 1980, oculta el monto real de unas operaciones que pueden equivaler al PIB de Estados Unidos. La ignorancia, o el desinterés,

de la autoridad financiera global es, en sí misma, un escándalo.

La crisis mundial no se explica sólo por el fracaso de un modelo que se creía perfecto, sino que, además, revela una avaricia insaciable, disfrazada con la ideología de la eficiencia del mercado. Por lo tanto, la responsabilidad no recae en unas fuerzas anónimas e incontenibles, sino en unos individuos irracionales, imprevisibles y caprichosos, que han manipulado el mercado para satisfacer su desmesurada ambición, y en unas autoridades financieras que se lo han permitido. Lamentablemente la crisis no significa sólo la quiebra o la desaparición de instituciones bancarias poderosas y sólidas, sino que también supone más desempleo, más pobreza y más hambre. Estimaciones confiables aseguran que 50 millones de personas quedarán desempleadas en 2009. En América Latina, entre tres y cuatro millones adicionales, a los cuales hay que agregar el crecimiento del subempleo. No obstante estos datos, la ayuda directa para el empleo ha sido muy pequeña en comparación con la asignada a las instituciones financieras en bancarrota. El crecimiento del desempleo propaga la pobreza. Se estima que la sexta parte de la población mundial tiene hambre. Dicho de otra manera, la indigencia, profundizada por la crisis, hará que en 2009 mueran 400.000 niños más de los usuales. A finales de este año, casi la cuarta parte de la población mundial vivirá en pobreza, mientras que el empleo ya no representa una garantía, puesto que centenares de millones de seres humanos sobreviven con menos de dos dólares diarios.

Aun cuando el pragmatismo y el egoísmo occidental desconocen esta rea-

lidad mundial, la pobreza y sus consecuencias no pueden ser consideradas como temas sociales de segunda categoría, sino que debieran ser tratadas como un aspecto estratégico de la crisis económica. Por consiguiente, el criterio para determinar si la crisis ha terminado o no, no debiera ser el crecimiento económico, sino la reducción radical del desempleo, de la pobreza y del hambre.

## 1. El bien común como superación del mal común

Una consecuencia positiva de la crisis mundial es haber puesto en evidencia la naturaleza irracional e inhumana del sistema capitalista. Sin embargo las propuestas para corregir su desquiciamiento, aunque necesarias y urgentes, son insuficientes. En efecto, existe un amplio consenso sobre la necesidad de regular y supervisar al sistema financiero global. En concreto, se propone más Estado y menos mercado, porque si no, los barones de las finanzas se dejarán llevar de nuevo por su egoísmo feroz y depredador. Por eso, rescatarlos de la debacle creada por ellos mismos con el dinero del contribuyente, sin modificar el sistema, no garantiza que no vuelvan a ocasionar pronto otra crisis, que agrave aún más el drama de los millones de personas. Dado que el sistema capitalista ha causado un enorme mal a la mayoría de la humanidad, el esfuerzo para controlar sus ambiciones innatas debiera ser parte de un proyecto mucho mayor, que incluya su transformación radical.

Ignacio Ellacuría denunció la existencia de un mal común al que contrapuso como superación un bien también común. La crisis mundial y sus efectos devastadores en la humanidad le han vuelto a dar la razón. Es indiscutible que la humanidad se encuentra aprisionada por un mal común. El sistema capitalista atenta contra la vida de la población mundial. Si no se la arrebatara con la muerte lenta de la pobreza, del hambre y de la enfermedad, se la quita con la muerte rápida y violenta de las guerras y los conflictos. Este mal no sólo se propaga y se multiplica irrefrenablemente, sino que, además, adquiere características de injusticia estructural e institucional. Estructural, porque las estructuras apenas posibilitan la vida humana y deshumanizan a las mayorías que viven sometidas a ellas. Institucional, porque esa injusticia se expresa en leyes, costumbres e ideologías. No tiene sentido hablar de libertad o de democracia, tópicos trillados por el capitalismo, cuando su posibilidad real es negada objetivamente. Las necesidades básicas de la inmensa mayor parte de la humanidad están insatisfechas, esa mayoría no tiene posibilidades para elegir y sufre imposiciones de toda índole. Por lo tanto, la transformación del dinamismo estructural del capitalismo es una necesidad urgente. Las propuestas que aquí se hacen, recogen los aportes más importantes de Ignacio Ellacuría.

Pese a los años transcurridos, esas propuestas todavía son válidas. Ello demuestra la profundidad de su análisis y la agudeza de su visión de la realidad humana. De esta manera, este artículo hace memoria de su vida y su obra veinte años después de su martirio, el 16 de noviembre de 1989.

El bien común debe poseer las mismas características estructurales y dinámicas del mal común, pero orientadas a la justicia<sup>1</sup>. El bien es común cuando su bondad afecta a la mayor parte de la humanidad, cuando difunde el bien y cuando existen estructuras e instituciones que posibilitan y contribuyen a que

**Es fundamental verificar cuán común es el bien propuesto como tal, esto es, cuántos y de qué modo utilizan ese bien**

la mayor parte de los seres humanos, y no sólo una minoría privilegiada, pueda satisfacer sus necesidades básicas y construir una vida personal. El bien común es realmente común cuando propicia un tipo de vida común. Por lo tanto, ahí donde existe contraposición o exclusión de los bienes, poco o nada existe en común. En cambio cuando nadie es privado de las condiciones básicas para su desarrollo personal y cuando nadie se aprovecha del bien de todos con menoscabo del derecho de los demás para servirse de él, el bien es común. En cualquier caso, verificar cuán común es el bien propuesto

como tal, esto es, cuántos y de qué modo utilizan ese bien, es fundamental, porque la existencia del bien común no puede darse por supuesta.

Esta advertencia de Ellacuría es importante para una sociedad conformada por unas minorías privilegiadas y por unas mayorías despojadas de algo que les pertenece. Esta polarización extrema obliga a plantear la cuestión del bien común con rigor. Su verdad es la de sus determinaciones prácticas. Entendido como el cúmulo de bienes producidos, casi podría decirse que el bien común equivale al producto mundial bruto, siempre y cuando todos los seres humanos pudiéramos al menos satisfacer nuestras necesidades básicas con ellos. De otra manera, lo común no es ni bien ni es común. En la actualidad, ese bien está negado por el mal generalizado.

La globalización ha posibilitado poner mucho en común, pero esa comunidad no puede llamarse bien, porque es principio de opresión y no de libertad. En efecto, la escandalosa lista de los ricos más ricos y el uso despreocupado que suelen hacer de sus riquezas y las mayorías a las que les está vedado el acceso a esos recursos que, por su naturaleza, debieran ser comunes, es la negación práctica del bien común. Esta desigualdad, además, es creciente y su fundamento es la explotación tal como lo muestra la crisis mundial. Dicho

1 I. Ellacuría, "Historización del bien común y de los derechos humanos en una sociedad dividida", en *Escritos filosóficos II*, San Salvador, UCA Editores, 2001.

de otra manera, los bienes de las minorías constituyen la negación de los bienes de la inmensa mayor parte de la humanidad. La verdad de esas minorías es su obra real, esto es, las mayorías oprimidas. Hasta ahora la realidad histórica ha hecho a los pobres más pobres con el mismo mecanismo con el cual ha hecho a los ricos más ricos. Por eso la historia debiera ser analizada desde la participación en ese bien común y desde la situación de la mayoría de la humanidad.

La afirmación del bien común frente al mal común predominante, recuerda que la desposesión responde a la distribución injusta de unos bienes que, por definición, son comunes. Las mayorías no están desempleadas, empobrecidas o hambrientas por designio natural, ni tampoco por desidia personal o colectiva, sino que son producto del sistema capitalista. Positivamente, el bien común afirma que lo humano y lo común tienen primacía sobre lo particular y lo individual. Por lo tanto es necesario invertir la perspectiva del análisis de la crisis mundial y de las prioridades globales futuras.

## 2. La civilización alternativa de la pobreza

La utópica civilización de la pobreza de Ellacuría es una alternativa al mal común<sup>2</sup>. El ideal de vida de esta civilización no es la pauperización universal. La pobreza, en sí misma, siempre es un mal. Ellacuría la usa aquí para subrayar su relación dialéctica con la riqueza. Las mayorías empobrecidas son producto de una minoría que aprovecha su poder para enriquecerse. Por lo que produce se conoce lo que es como en un espejo invertido. Por consiguiente, la civilización de la pobreza se contrapone a una civilización que acumula riquezas sin escrúpulo y que despilfarra con exhibicionismo obsceno. Una civilización que, aun con logros científicos, tecnológicos y culturales innegables, ya habría dado de sí todo lo que podía dar, tal como lo evidencia la crisis mundial. Al mismo tiempo que presume de esos avances, tolera el mayor fracaso humano: la destrucción sistemática de la naturaleza, de grandes grupos humanos, de la familia y de la persona. Ni siquiera sus beneficiarios inmediatos se libran de su poder destructivo. El afán de riquezas y poder los ha deshumanizado y les ha arrebatado el encanto y el sentido de la vida. Viven en la abundancia, pero viven hastiados y frustrados.

La civilización de la pobreza, en cambio, se encuentra del lado de las mayorías víctimas del despojo y de la violencia. Por lo tanto, rechaza la acumulación de capital como motor de la historia y la posesión y el disfrute de la

2 I. Ellacuría, "La construcción de un futuro distinto para la humanidad", en *Escritos teológicos II*, UCA Editores, San Salvador, 2000.

riqueza como principio de humanización. En contrapartida propone la dignificación del trabajo como principio dinámico y la satisfacción de las necesidades básicas y la solidaridad como fundamentos de la humanización. El trabajo no se orienta a producir capital, sino a asegurar la satisfacción de las necesidades básicas de la población. Así, pues, es medio para la perfección del trabajador y para la autorrealización personal. El ideal utópico consiste en que todos y todas dispongamos de lo necesario para satisfacer nuestras necesidades básicas y que lo común sea accesible para el uso y disfrute de todos y todas. Es el mínimo objetivo sin el cual la vida humana es imposible. Cuando ese mínimo no se alcanza, la muerte prevalece sobre la vida y la humanidad se deshumaniza, tal como ha ocurrido. Por lo tanto, ninguna solución a la crisis sistémica del capitalismo será real sin un orden económico y social que satisfaga esas necesidades de forma permanente y viable, que garantice el acceso a lo común y posibilite las condiciones para el desarrollo personal.

La solución no se encuentra, por consiguiente, en elevar el consumo de las mayorías al nivel de las minorías privilegiadas. Paradójicamente una de las variables de la crisis actual es la caída drástica de la demanda mundial. En realidad, los consumidores no faltan, ni tampoco los deseos de consumir, sino el poder adquisitivo. Pero elevar el consumo de la mayoría de la humanidad al nivel de las minorías es imposible, porque habría que potenciar la producción y el empleo de manera desproporcionada, porque los recursos materiales son limitados y porque intentarlo equivale al suicidio colectivo, tal como advierten los pronósticos medioambientales. Así, pues, el patrón de consumo que la minoría privilegiada disfruta a costa de la mayoría de la humanidad y que ya atenta contra la viabilidad de la vida, no es humano, ni ético. Por eso es incomprendible que los gobiernos hayan adoptado medidas para estimular el consumo de unos cuantos, los mismos privilegiados de siempre, para estimular el crecimiento económico. No obstante la solución verdadera debe abarcar a toda la humanidad.

Puede objetarse que la primacía de lo común anula la dimensión personal. Pero esto es confundir la iniciativa privada y privatizadora con la iniciativa personal. La apropiación privada de algo que por su naturaleza es social y, por lo tanto, común, es una injusticia y todos sus efectos son también injustos. Distribuir el bien común con criterios privados e intereses particulares o sectoriales, apropiarse de lo que pertenece a los demás por medio del despojo e impedir que otros se aprovechen de algo a lo cual tienen derecho es contrario al bien común y a la justicia. Los bienes, en concreto los económicos, fundamentales para la estructuración social, son un derecho universal, que no compete a individuos aislados, sino a las personas como integrantes de la sociedad. Nunca se insistirá lo suficiente en que todo ser humano tiene derecho a desarrollar su propia vida, siempre y cuando el ejercicio de ese derecho

no suponga excluir a los otros. En consonancia con la tradición humanista y cristiana, Ellacuría defiende que el bien común está por encima del bien particular y que la relación entre ambos bienes equivale a la relación del todo con la parte.

En la civilización de la riqueza, en cambio, predomina la parte sobre el todo. Peor aún, la parte menor se impone sobre la mayor. Por lo tanto, niega el bien común, en beneficio del bien particular. Entonces este último deja de ser bien y se vuelve utilidad egoísta. En la civilización de la pobreza, en cambio, todo bien particular remite al bien común porque, sin él, el bien particular no es posible. En ella predomina el todo sobre las partes. Ningún individuo puede gozar de un bien, si esa posibilidad le es positivamente negada a los otros, en concreto, a la inmensa mayor parte de la humanidad. La satisfacción de las necesidades de uno depende de la satisfacción de las necesidades de los otros. La sociedad se desvirtúa y se vuelve perversa cuando niega a sus integrantes los recursos materiales suficientes para que todos y cada uno de ellos satisfaga esas necesidades. Por eso el bien propio se alcanza con el trabajo a favor del bien de todos. De esta manera el individuo aprovecha aquello que el bien común le ofrece para conseguir su propio bien. El bien de cada persona, sin excluir a ninguna, sólo se alcanza con la promoción estructural del bien común, que expresa el fin y el bien de la sociedad. Así, pues, desde y para la persona, el bien común y el bien particular son bienes personales.

**En la civilización de la pobreza, todo bien particular remite al bien común, pues, sin él, el bien particular no es posible**

La satisfacción de las necesidades básicas de la humanidad no es opcional, sino una obligación de primer orden, puesto que ahí se deciden la vida y la muerte. En los países ricos y entre los ricos, donde la vida parece estar asegurada, este derecho tiende a obviarse. Pero en la mayor parte de la humanidad, donde la vida no está garantizada y no vale nada, este mínimo de la vida se constituye en un máximo. Por eso la obligatoriedad de satisfacer las necesidades básicas adquiere la formalidad de un derecho humano universal con un contenido específico. La universalidad de este derecho se deriva de la unidad de la especie humana y de la existencia de una única historia o de la globalización misma. El individuo es para y con los otros, porque está constitutivamente abierto a ellos. De ellos recibe la vida, que luego entrega a otros. La vida humana, por lo tanto, consiste en un mutuo dar y recibir. Pero la arrogancia del mundo de la abundancia impide reconocer esta apertura constitutiva, porque no admite la posibilidad de recibir de otro, mucho menos cuando es pobre o es valorado como inferior. La incomunicación de la individualidad egoísta cierra la posibilidad para vivir de otra manera con la ayuda de los

demás. Por lo tanto, todos los seres humanos tenemos derecho a la vida y todos estamos obligados a contribuir a su conservación y desarrollo. La exclusión de un sector de la humanidad es inadmisibile<sup>3</sup>.

El bien común es el fundamento y el marco de referencia de los derechos humanos y su principio de concreción y obligatoriedad. Los derechos humanos despliegan el bien común de la humanidad como un todo, que debe regularlos, pues no existe bien común si su conservación implica la violación per-

**No se puede afirmar el bien común y la unidad de la humanidad sin superar el orden económico-social actual, que excluye, divide y niega la vida**

manente y grave de los derechos de la persona. El contenido de los derechos humanos se deriva del bien común, o sea, de la preservación de la vida. En concreto preservar la vida significa comunicar los bienes para satisfacer las necesidades básicas de la humanidad. La realización del ser humano y de la sociedad comunitaria, por lo tanto, son incompatibles con el interés privativo individual. De esta manera Ellacuría previene contra la abstracción y la generalización de los derechos humanos. Los derechos sólo son humanos cuando incluyen efectivamente a toda la humanidad, cuyo único bien es universal. En consecuencia los bienes particulares

deben ser entendidos como el despliegue de ese bien universal y siempre subordinados a él. No se puede afirmar el bien común y la unidad de la humanidad sin superar el orden económico-social actual, que excluye, divide y niega la vida.

La búsqueda del bien común da paso a la justicia. El auténtico bien común y la vigencia de unos derechos humanos universales exige hacer justicia a los oprimidos. Por eso los derechos humanos son también derechos de los oprimidos y defenderlos es una tarea justa. Los opresores sólo tienen derecho a ser liberados del poder para despojar a los demás. En este sentido la justicia es hacerse justicia, en cuanto consiste en construir el bien común. Por otro lado, éste genera los derechos que la legislación debe reconocer y defender. En este sentido, defender los derechos humanos es un activo hacer derecho y hacer justicia, hacerse derecho y hacerse justicia. Las raíces de esta propuesta de Ellacuría se encuentran en el reverso de la historia y su matriz está en el pueblo pobre, donde hay una utopía por construir. La consecución del bien común es una utopía, que aspira a concretarse en la historia.

El criterio fundamental para reestructurar el sistema capitalista es la inclusión de toda la humanidad y la satisfacción de sus necesidades básicas, por

3 I. Ellacuría, "Historización del bien común y de los derechos humanos en una sociedad dividida", o. c.

medio de la comunicación de bienes. Por lo tanto la búsqueda del bienestar de un país o de un grupo de países está, por principio, excluida. Ahora bien, la superación de la desigual distribución de los bienes comunes exige vivir en pobreza o, al menos, en una austeridad severa durante mucho tiempo. De nuevo, no porque sean valores en sí mismas, sino porque no hay otra forma de superar la explotación y la injusticia, origen de todas las dominaciones y antagonismos, ni de alcanzar formas superiores de humanidad. Las respuestas concretas necesariamente serán diversas, según las posibilidades reales, pero todas ellas deben propiciar la vida negada. Las mayorías empobrecidas muestran cómo es posible construir la utopía de una civilización de la pobreza, cuando, en su despojo, comparten entre ellas lo poco de lo que disponen. Su solidaridad compartida crea bien común, lucha contra la muerte y genera salvación.

### 3. La esperanza de “los pobres con espíritu”

Mucho antes de la crisis actual Ellacuría consideró que el capitalismo no era una opción viable, puesto que empobrecía a la mayoría de la población. Por eso habló de mal común. Al negar los niveles más primarios de la vida, esa realidad es contraria a la voluntad de Dios. Por eso habló de pecado social y estructural. Por lo tanto, el cristiano está obligado a trabajar para quitar este pecado del mundo. De esta manera Ellacuría coloca en el núcleo de la fe la pregunta que Dios dirige a la humanidad desde el comienzo de la historia, qué has hecho de tu hermano y de tu hermana.

Ellacuría llamó a las mayorías empobrecidas “pueblo crucificado”, una formulación teológica audaz. Sufren el mismo destino que Jesús y mantienen la esperanza de la resurrección. El pueblo crucificado es “aquella colectividad que siendo la mayoría de la humanidad debe su situación de crucifixión a un ordenamiento social promovido y sostenido por una minoría, que ejerce su dominio en función de un conjunto de factores, que como conjunto, y dada su concreta efectividad, histórica, debe estimarse como pecado”<sup>4</sup>. En estos pueblos, Ellacuría descubre el signo de todos los tiempos. Hay muchos signos, pero uno de ellos prevalece sobre todos los demás: el pueblo históricamente crucificado, aunque la forma de su crucifixión es siempre distinta. De esta manera, relaciona la cruz de Jesús con el sufrimiento de los pobres y oprimidos. Ellacuría enfatiza la dimensión social de la cruz y los motivos para ser crucificado, que expresa en términos de culpa y pecado, en concreto, de

4 I. Ellacuría, “Discernir el signo de los tiempos”, en *Escritos teológicos II*, o. c.

pecado social y estructural. El concepto de pueblo crucificado utiliza la cruz en un sentido metafórico para expresar el sufrimiento inocente de pueblos enteros desde la cruz de Jesús y la cruz de Jesús desde la luz de los pueblos crucificados. En este sentido, los pobres "cargan con el pecado del mundo y llevan sobre sí la cruz del mundo".

Al igual que la primera comunidad cristiana frente a la muerte de Jesús, Ellacuría descubre en el pueblo crucificado la continuidad histórica del Siervo de Yahvé. Ambos sufren la misma suerte. Los dos son despojados por los poderes de este mundo de toda figura humana y de la vida. La suerte del Siervo ayuda a captar la realidad en toda su dureza, "la crucifixión del pueblo evita el peligro de mistificar la muerte de Jesús y la muerte de Jesús evita el peligro de magnificar salvíficamente el mero hecho de la crucifixión del pueblo, como si el hecho bruto de ser crucificado aportara sin más la resurrección y la vida". Por lo tanto puede hablarse de un Siervo de Yahvé colectivo e histórico. Ante sus miserias históricas es imposible hablar de salvación cristiana. Pero quien se atreve a dirigir su mirada hacia el Siervo sabe que está llamado a traer la salvación a la humanidad traspasada por el pecado histórico, por medio de la implantación de la justicia y del derecho. De esta manera el Siervo de Yahvé, a quien el mundo desprecia como basura, es portador de luz y salvación. Ellacuría, en consecuencia, traslada esa buena noticia a los pueblos crucificados y así los eleva a "portadores de una soteriología histórica". La crueldad y la injusticia históricas aterran a quien se atreve a contemplarlas, pero también fascinan por la inocencia e indefensión de las víctimas, por su esperanza y por su misteriosa oferta de salvación<sup>5</sup>.

El clamor de los pueblos crucificados tiene poder para mostrar la realidad del mundo en toda su crueldad y desnudez. De ese clamor proviene el impulso decisivo para poner en marcha el proyecto de la civilización de la pobreza. El encuentro con la brutalidad de la humanidad crucificada descentra a las personas al hacerlas partícipes de su dolor y su muerte. El descenso al abismo de la maldad y del pecado de la historia provoca indignación y rebeldía, pero también hace brotar la esperanza y la pasión para desencadenar algún tipo de acción que ponga fin a tanta crueldad y a tanta muerte<sup>6</sup>. Quien ha escuchado el clamor de los crucificados rechaza la resignación y el desencanto y se abre a la promesa del reino de Dios. Pero el encuentro con los crucificados de la humanidad no es fácil para un mundo que piensa no tener necesidad de los otros para salvarse, porque cada individuo se basta a sí mismo. Mucho menos

5 I. Ellacuría, "El pueblo crucificado. Ensayo de soteriología histórica", en *Escritos teológicos II*, o. c.

6 I. Ellacuría, "Violencia y cruz", en *Escritos teológicos III*, UCA Editores, San Salvador, 2002.

cuando esos otros son su propio desecho. La civilización del capital es demasiado arrogante para abrirse al sufrimiento de los otros. La concentración en sí mismo y en el bienestar propio cierra a la esperanza y a la gracia. La verdad personal y colectiva sólo aparece en toda su maldad y sus posibilidades de transformación cuando es iluminada por la luz que despiden los crucificados. Ellacuría recupera aquí uno de los principios centrales de la teología de la liberación. Los pobres no sólo son los destinatarios primigenios de la salvación, sino que ellos también son sujetos de salvación y liberación, pues transmiten la verdadera salvación y la liberación integral. La salvación eterna se decide, por lo tanto, en el comportamiento hacia los pobres y necesitados<sup>7</sup>.

La civilización de la pobreza se presenta así como una alternativa real para superar la civilización del capital. Optar por ella implica rechazar la riqueza como valor supremo y adoptar, en cambio, el trabajo, la austeridad y la solidaridad como nuevos valores. Pero no todos están preparados para comprometerse con la realización de esta utopía. Ellacuría advierte de que sólo "los pobres con espíritu", es decir, aquellos abiertos a un Dios siempre mayor y a un reino que ha de ser actualizado por aproximaciones sucesivas, pero constantes, poseen la determinación para ponerse en marcha. Sólo ellos pueden lanzar la historia en otra dirección, o subvertirla, como afirmaba Ellacuría provocativamente. Bajar a los crucificados de sus cruces implica subvertir la historia. No movido por el odio, sino por la compasión hacia una humanidad crucificada y por la esperanza firme en las posibilidades reales de la utopía<sup>8</sup>.

El pobre con espíritu cree que algo de la utopía se actualiza en la historia, pese a la existencia de fuerzas poderosas que se empeñan en impedirlo. Por lo tanto, la utopía no es lo que no tiene lugar. Ella le muestra hacia dónde dirigir los pasos, mientras que la profecía le indica por dónde no debe ir. La utopía empuja el avance, pero donde ella afirma, la profecía advierte de los peligros. Y donde la profecía niega y obliga a levantar la vista al horizonte, la utopía afirma la novedad del reino de Dios. Así, pues, la construcción de la utopía está jalonada de logros concretos, que alimentan la esperanza, pero también de muchos fracasos. Aún cuando el avance es lento, lo importante es que el proceso se desarrolle de acuerdo al plan salvífico de Dios. De esta manera, la marcha se vuelve profética, aunque impulsada por una gran espe-

**El pobre con espíritu cree que algo de la utopía se actualiza en la historia, pese a las fuerzas poderosas que se empeñan en impedirlo**

7 I. Ellacuría, "Pobres", en *Escritos teológicos III*, UCA Editores, San Salvador, 2002.

8 I. Ellacuría, "La Iglesia que nace del pueblo por el espíritu", en *Escritos teológicos II*, o. c.

ranza, en un futuro portador de humanidad, bondad y plenitud. Sólo en los pobres con espíritu la esperanza posee la reciedumbre y la profundidad para superar fracasos, sostener en el desánimo y vencer el desaliento. Esta esperanza proporciona a los pobres con espíritu su característica fundamental: la disposición a dar la vida por los otros<sup>9</sup>.

Sin esperanza es imposible vivir en este mundo de mayorías pobres y de víctimas. La esperanza no es pasiva, ni irracional, sino acción lúcida, aunque lanzada hacia el futuro. Aunque el no saber le es esencial, no significa que sea ignorante, ni expectante. Desde el presente, la esperanza es convicción última de que la última palabra de la historia la tienen la bondad y el bien común, pese a que, en la actualidad, no se manifiesten o sean negadas. Por eso la

**Según Ellacuría, esta esperanza proporciona a los pobres con espíritu su característica fundamental: la disposición a dar la vida por los otros**

esperanza es también fe. Desde el futuro, la esperanza es la convicción de que la historia es promesa de un mundo más humano, donde el bien común predomine sobre el bien particular o de grupo; donde la satisfacción de las necesidades básicas se imponga sobre el acaparamiento y el despilfarro; donde la comunidad derrote al individualismo; donde la apertura suprima el etnocentrismo cruel; donde el desentendimiento de paso a la compasión ante el sufrimiento de los demás; donde la creatividad anule a la imitación servil. Desde la teología, la esperanza es la convicción de que la última palabra la tiene Dios que, aun cuando guarde silen-

cio o se muestre impotente, siempre es fiel a su promesa de que el verdugo no triunfará sobre la víctima, ni la muerte sobre la vida.

La obstinada resistencia del orden establecido al cambio y, en último término, a la conversión personal y colectiva, hace que la esperanza sea un hacer contra esperanza. No puede ser de otra manera, puesto que la existencia de pueblos crucificados apela a lo humano, cuestiona la realidad social actual, exige la erradicación de la injusticia histórica y también la conversión personal. Al surgir de y en contra del gran pecado histórico, la esperanza suscita sospechas y con frecuencia es perseguida. Sin embargo, la liberación de la injusticia y del pecado que dan muerte es la única alternativa para alcanzar la libertad de todos y todas. A ella se llega por la liberación de las ataduras, las opresiones, las injusticias, las desigualdades y la violencia.

La clave de este dinamismo esperanzado y esperanzador es la aceptación de la promesa liberadora de Dios, presente en la humanidad, desde la muer-

9 I. Ellacuría, "Utopía y profetismo desde América Latina. Un ensayo concreto de soteriología histórica", en *Escritos teológicos II*, o. c.

te y resurrección de Jesús. Por lo tanto la realización de la utopía no es producto del cálculo materialista, ni de un sueño idealista, que extrapola las posibilidades actuales al futuro. Tampoco es simple optimismo, que disimula la verdad y la crueldad de la realidad. La promesa es el contenido de la esperanza, mientras que la utopía es la acción que desata el dinamismo transformador, impulsado por la fuerza del espíritu de Jesús. En realidad sólo esta fuerza puede hacer posible la utopía de una nueva humanidad, fundamentada en el bien común, en la satisfacción de las necesidades básicas y en la disponibilidad de posibilidades para el desarrollo personal. Desde la teología de la liberación, dirá Ellacuría, la posibilidad de la vida y de lo humano muestra la unidad interna de la historia de la salvación y de la salvación en la historia<sup>10</sup>.

Una civilización de la pobreza, fundada en el compartir la vida y los bienes comunes, está en sintonía con la predicación de Jesús. El ideal cristiano propone la felicidad más en la perspectiva de los pobres que en la de los ricos y poderosos, más en el dar que en el recibir, más en la solidaridad que en el enfrentamiento, más en el crecimiento personal que en la acumulación de bienes. Ahí donde hay acogida y bondad, perdón y amor, los demás son hijos e hijas de Dios, no adversarios para competir, ni enemigos que destruir, y entonces, es posible compartir la mesa. Desde Jesús, la historia es una promesa preñada de bienaventuranza, aun cuando el absurdo y el silencio son frecuentes. Una promesa que permite pasar de una realidad sin esperanza a una realidad esperanzada y, por lo tanto, abierta al futuro e incansable.

En Ignacio Ellacuría, Monseñor Romero y los otros mártires de la justicia, que atrajeron sobre sí la violencia más despiadada por intentar bajar de la cruz a los crucificados de su tiempo, el reino de Dios se ha dejado ver con fuerza inusitada. Estos mártires nos colocan así ante el misterio de un amor desmesurado, que entrega la vida libre, generosa y totalmente. En la causa del martirio podemos encontrar cierta racionalidad. Pero el hecho mismo de dar la vida no tiene explicación satisfactoria. Entregar la vida es un misterio ante el cual, como ante todo misterio, debemos guardar silencio. Estos mártires y la grandeza de su generosidad y de su amor son una señal profética actual, que sólo los limpios de corazón pueden ver.

Managua, septiembre de 2009.

10 I. Ellacuría, "Historia de la salvación y salvación en la historia", en *Escritos teológicos II*, o. c.

